

mas del horno de Babilonia, y la seguridad con que los Israelitas pasaron por en medio del mar, son estremos de comparacion, pero son unos acaecimientos milagrosos que no se deben esperar todos los dias.

Lo que vemos á cada instante es que una chispa forma una hoguera, un miasma corrompido derrama una peste mortifera, y una gota de vinagre corta un gran vaso de leche: y de aquí debemos inferir que un solo muchacho ó jóven perverso es bastante á malar ó corromper con su ejemplo á muchos niños inocentes y candorosos.

En una palabra, y para que tu entendimiento se tranquilice, digo: que el padre ó madre, que no sabe ó no puede iustruir á sus hijos por sí en su casa, hará bien; y aun debe confiarlos al cuidado de los maestros públicos; pero el que no necesite de ellos y tenga proporcion, hará mejor en tomarse ese trabajo, pues llegarán al mismo fin, sin pasar tantos peligros.

Matildita, continuaba el coronel, si yo pudiera descubrirte las cosas que se ven frecuentemente en las casas de comunidad de que te hablo, se escandalizara tu pudor. No quiero, no, lastimar tu conyugal pureza. Bástame el saberlas, y el procurar que mi hija no se esponga á estos tan inminentes riesgos, para creer que tú habrás accedido gustosa en que la

quite de la amiga, por mas que esta sea de las mejores.

A este punto llegaba en su conversacion D. Rodrigo, cuando entró el lacayo de D. Dionisio, diciendo que su amo lo esperaba á comer con su familia. Era dia de *frasca* de los muchos que ca la mes ocurrian en su casa.

El coronel, que entendia muy bien las leyes de la política, que es el arte de saber vivir; inmediatamente se levantó y fuimos todos á la mesa, donde pasó lo que se sabrá en el capitulo siguiente.

CAPITULO VIII.

En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres.

Cuando nuestro coronel entró con su familia, ya estaban en disposicion de hacer lo mismo todos los de la casa de D. Dionisio, quienes luego que lo vieron lo saludaron cortesmente y nos sentamos todos á comer.

Entre las visitas que habia, estaba un señor jóven y de narices abultadas, á quien conoceremos con el nombre de *Licenciado Narices*, pues así le puso Doña Eufrosina, que era diestrisima en esto de poner nombres.

Luego que ella tuvo lugar de hablar, dijo al coro-

nel: ¡ay, hermano! gracias á Dios que ha venido usted para que vuelva por nosotras! porque este maldito *Nariguetas* nos ha puesto como un suelo, y como no podemos responder á sus argumentos y latines con que nos aturde, está creyendo que nos ha convencido, pero yo confiada en usted le he dicho que nos ha de defender completamente.

¿Pues qué ha sucedido, hermana, que tan empeñada está usted en que la defienda?

¿Cómo qué! decía Eufrosina, ¿le parece á usted poco que nos halla puesto de vuelta y media? Pues oiga usted, dice que las mugeres somos locas, vanas, orgullosas, soberbias, falsas, supersticiosas, malagradecidas, inconstantes, vengativas, tontas, presumidas, y qué sé yo qué mas! ¡Vaya, si quita de las piedras para poner en nosotras! y esto no solo lo dice, sino que asegura que lo probará con evidencia. Le contestamos que eso lo dirá por chanza, y él nos jura que lo dice con todo su corazón y sin que le quede nada dentro. Ya verá usted que esto no puede sufrirse, y así le suplico yo y todas estas niñas, que por lo que tiene de caballero, nos defienda y haga que se confunda este maldito deslenguado.

Si, si señor, por vida de usted decían, casi á un tiempo todas las señoritas que allí estaban: es menester que usted nos defienda, y así se lo suplicamos todas.

Ya ve usted, hermano, que no se debe usted escusar de darme ese gusto, continuaba Eufrosina, ya que no por mí, siquiera por todas estas señoritas que se lo ruegan. Responda usted que sí, responda y confunda á este buen señor que nos ha colmado de favores. ¿No lo ve usted que socarron es y sinvergüenza? todo se le va en engullir la sopa, y ya no puede con la risa el condenado.

¿Pues no me he de reir, mi señora Doña Escotoña, ó Doña Eufrosina, ó como se llama? dijo riendo á carcaja suelta el Licenciado: ¿no me he de reir repito, de que quieran ustedes empeñar al señor coronel, en que las defienda, cuando si no están confesas, están convictas de los cargos de que se hallan acusadas, no solo por mi boca, sino á *todo orbe terrarum*, por todo el mundo?

Cuando el señor coronel por no faltar á las leyes caballerescas, admita el improbo trabajo de defender á ustedes, lo hará por divertirse, pero sabiendo muy bien que sus clientes llevarian el pleito perdido aun en el mismo tribunal de Pilato.

Así solemos los abogados defender algunos reos, cuyos delitos son tan claros que no los defendiera el mismo Ciceron; y sin embargo, revolvemos, interpretamos leyes, acomodamos testos, buscamos excepciones; y peroramos en estrados, únicamente por consuelo de las partes, no porque en derecho tengan

defensa alguna; así como el médico que le manda al moribundo agua de la palata para consuelo de sus dolientes, pero él sabe de cierto que no tiene remedio,

Tal vez el señor coronel se encargará de defender á ustedes de ese modo; mas tambien saldrá diciendo despues de la sentencia: *yo defendí á las mugeres*. Lo mismo nos sucede á nosotros: hablamos mas que diez cotorras por un reo de estos de remate: los jueces nos oyen con bastante paciencia; pero no nos hacen caso. Atienden á la justicia y segun ella condenan á muerte á nuestro cliente, y el día que lo llevan á la horca, se dice por la calle: *el licenciado Falano defendió á este hombre*.

¿Qué les parece á ustedes? Lo mismo decia aquel médico que iba de duelo tras el cadáver que él habia despachado: *yo curé á este*. ¿No son graciosas semejantes curaciones y defensas? Pues así ha de ser la del señor coronel respecto de ustedes. Vaya, no hay que engañarse: ustedes están convictas, y no hay ley que las defienda. Han caido de remate, y cualquier buen médico las ha de desausiar al punto que conozca su enfermedad mortal.

Ya usted lo oye, hermano, decia Eufrosina. Ya ve usted quién es el señor y cuanto da por medio? Pues considere usted qué hará con nosotras. Vaya, defiéndanos usted.

Pues hermana, señoritas, dijo el coronel, yo apre-

ciaria tener luces y capacidad para desempeñar con aire la comision que ustedes me confian, pues en efecto me honra demasiado su eleccion prefiriéndome á los señores que nos acompañan; bien que esto es solo efecto de la confianza con que usted debe tratarme, y de la sencillez con que estas niñas siguen la opinion de usted; pero debo confesar que no tengo mérito para tanto, ni menos fuerzas para cargarme de semejante peso.

No obstante, si ustedes ponen su pleito en mis manos, yo haré cuanto pueda en su obsequio. En esta virtud, repita usted lo que dijo el señor licenciado contra ustedes, para hacerme cargo.

¿Pues ya no le dije á usted contestó Eufrosina, que dice que somos tontas, locas, supersticiosas, altivas, vanas, ingratas, orgullosas, y treinta mil perradas á este modo?

Muy bien, dijo el coronel: siendo eso así, debo decir en obsequio de ustedes y de la verdad, que es lo que mas importa, que las señoras mugeres, exceptuando las que lo merecen, son todo cuanto ha dicho el señor Licenciado y un poquito mas que yo me se.

¡Viva, viva! dijo á este tiempo el Licenciado dando de palmadas en la mesa, ¡viva el defensor de las mugeres! Es menester brindar por su salud. En efecto, se echó un buen vaso de vino á pechos, y prosiguió comiendo con la mayor satisfacción, la que

aumentó la risa general de D. Dionisio y sus camaradas.

Fácil es concebir cuánta sería la indignación de las señoritas, principalmente de Eufrosina, al verse tan mal defendidas. Es verdad que con una risa fingida procuraban disimular su chasco; pero lo colorado de las orejas manifestaba de á legua su corage.

Qué tal sería este, pues le tocó una buena parte á la candorosa Matilde, quien al ver á su hermana y á las demas señoritas tan avergonzadas por su morido, no pudo contenerse, y le dijo: ¡Jesus, hombre, qué pesado eres! ¡Aunque fuera ya....!

El coronel no le hizo aprecio, siguió tomando la sopa, y Doña Eufrosina reventando de enojo, dijo á las señoritas: amigas ¿qué dirán ustedes? ¿No les sobra razon para echarme á pasear por la especial eleccion que he tenido? ¿Qué tal? ¿No es cierto que mi hermano tiene gracia particular para hacerme quedar bien y sacarme lucida de un empeño? Vaya, digan la verdad. Sí, no hay remedio, la peor cuña es la del propio palo. Otro dia, hermanito, por amor de Dios, por nuestra señora de Guadalupe, y por vida de Pudencianita, que no se vuelva á tomar el trabajo de defender ni á mí, ni á mis amigas, mas que nos digan hereges, diablos y demonios, y mas que nos harten á injurias, pues segun lo que yo acabo de ver, menos daño nos hará nuestro mayor ene-

migo con sus agravios, que usted con sus defensas.

Lo ridículo de esta súplica y el tono tan cólerico con que la hizo Eufrosina, provocó de nuevo la risa de los concurrentes, y esta risa acabó de rematar á Eufrosina, quien estuvo por levantarse de la silla, y lo hubiera hecho si el coronel, conociendo la terrible *bola* que tenia, no la hubiera sosegado diciéndole con mucha cachaza: ni el señor Licenciado tiene por que llenarse de satisfaccion, ni usted ni las señoritas que están presentes tienen motivo por que quejarse de mí, en virtud de que no he comenzado la defensa.

¿Cómo no? dijo el Licenciado: pues á mí me parece que no puede haber sido mas concisa, elegante, y verdadera.—Pues no señor, se ha equivocado usted y voy á comenzar.

Con esto se serenó Eufrosina y todas sus amigas, y el coronel prosiguió diciendo al Licenciado: Supongo que usted está de acuerdo en que las mugeres son inferiores á los hombres solamente en cuanto á su constitucion fisica que las hace mas débiles que nosotros; pero en cuanto á sus espíritus, no tendrá usted embarazo para confesar que son iguales.

En esta inteligencia... pero asentaremos tres principios para que nos entendamos con mas orden.

Primero. Las pasiones son las semillas de los vicios ó de las virtudes, segun el uso que se hace de ellas, y estas reconocen su origen en el alma.

Segundo. El alma de la muger es una sustancia espiritual, inmortal é inteligente, igual en todo á la del hombre.

Tercero. La disposicion natural ó accidental del cuerpo influye particularmente sobre el espíritu, y esta disposicion puede hacernos propender á esta ó aquella pasion determinada; pero no obligarnos á hacer mal uso de ella y convertirla en vicio, pues contra las malas inclinaciones tenemos el socorro de la razon y el favor de la gracia ausiliante que á nadie falta.

Sentados estos principios, digo: Que si las mugeres incurren en ciertos defectos con mas frecuencia que los hombres, no incurren por ser mugeres, sino porque no están acostumbradas á vencerse, por no saber hacer buen uso de su razon; y de no saber esto, muchas veces, ó las mas, no tienen ellas las culpa.

¿Pues quién la tiene? dijo el Licenciado.—Los hombres, respondió prontamente el coronel: sí, señor, no se escandalice usted: los hombres que educan mal á las mugeres, ó que las seducen y pervierten, tienen la mayor parte de la culpa de los defectos en que ellas incurren.

Para probar esto con evidencia, es menester sentar este principio: que el hombre recibe solo una educacion, que es la de sus padres, y la muger casi siempre dos, la de sus padres y la de su marido, y esta,

ayudada del amor, influye sobre su corazon mas poderosamente que aquella.

El hombre, si quiere, puede siempre conducirse conforme á las máximas que le inspiraron sus padres: la muger mil veces se ve obligada á olvidarse de estas máximas.... He dicho poco: muchas veces se ve obligada á abandonar con dolor á los mismos instrumentos de su existencia, por contemporizar con los caprichos del marido.

Cuando las mugeres han logrado la fortuna de tener unos padres virtuosos que les han inspirado sentimientos de honor y religion, y despues unos maridos juiciosos y prudentes que las saben conservar en ellos, ordinariamente son felices, y jamas son notadas de los defectos de que se acusa al comun de su sexo. ¡Pero qué pocas veces se ven estas combinaciones!

Frecuentemente se verifica el refran que dice: que estados mudan costumbres. Apenas varia de estado una muger, cuando varian su educacion y sus modales. La jóven que tuvo unos padres virtuosos y arreglados, es un milagro que no se corrompa casándose con un hombre vicioso y libertino: la que tuvo padres indolentes, ó tal vez estraviados, lejos de reformarse al lado de un marido prudente, las mas veces se empeora, y va á servirle de martirio; y la que tu-

vo padres perversos y se casa con otro perverso, se convierte en una furia del infierno.

De manera que entre los padres y los maridos se nos pervierten las mugeres. No es esta ficcion de una acalorada fantasia; es una verdad que se hace perceptible á la mas ligera observacion. Una niña criada en la pobre ó moderada fortuna de sus padres, se casa con un hombre de algunas proporciones, y á los ocho dias no se conoce. Los zapatos de cordoban le lastiman; se cansa de andar á pié; se avergüenza de ver la comida en la cazuela, necesita de mas criadas que le sirvan; no se presenta en los paseos ni en las visitas, si no puede competir con las demas en lujo; y finalmente, de la noche á la mañana se vuelve una marquesa la que se crió en un estado humilde.

Otra jóven que se crió en el mayor recogimiento, que no salia de su casa sino á la iglesia, que frecuentaba los sacramentos, que se escandalizaba de los zapatos de color, que rezaba todos los dias una porcion de novenas, y que era una muchacha enteramente virtuosa, se casa con un señorito alegre, y dentro de cuatro dias se olvida de todas las buenas máximas, y entran en su lugar las que le enseña su marido, y ya la tenemos modista, paseadora, altanera, indevota, descuidada, corriente, marcial, y.... ¡qué sé yo!

Si buscamos de estos y semejantes ejemplares en casadas, no nos será difícil hallar bastantes; pero examinémos quién ha sido el origen, quién ha tenido la culpa de que se perviertan tales mugeres, y de que se pierda en ellas la semilla de la virtud que sus padres cultivaron, y hallaremos que la imprudencia ó la nimia condescendencia, ó el mal ejemplo de sus maridos.

No es menester las mas veces que las mugeres pasen de un estado á otro para pervertirse. Dentro de sus casas y al lado de sus padres tienen sobradas ocasiones, cuando estos carecen de la firmeza y juicio necesario para educarlas, especialmente si ellas tienen una carita razonable, un poquito de despejo y algunas habilidades apreciables en su sexo, como son las de tocar, bailar, cantar, representar, etc.

Entonces sin cesar se ven rodeadas de un enjambre de tunantes, de los cuales cada uno aspira á la conquista, no de su corazon, sino de su persona: y para lograrla, no perdonan ningun medio, por opuesto que sea á las leyes del honor y la moral cristiana.

Adulaciones, rendimientos, ofertas, juramentos, palabras, dádivas, requiebros, finezas, súplicas, humillaciones, suspiros, lágrimas, intrigas, y hasta los despechos y bravatas son los obuses y cañerías con que los soldados de Vénus atacan decididamente aun las mas inespugnables fortalezas.

Todos convenimos en que la muger es débil, tímida y sensible, y por lo mismo está muy espuesta á ser sorprendida por la artificiosa seducción; pero no nos acordamos de esto cuando cesageramos sus defectos, ni queremos confesar de buena fé que nosotros somos sus seductores y sus originales en la maldad. Este, á la verdad, es un procedimiento injusto.

En faltando á la muger una buena educación moral desde el principio, un juicio bien formado y algun conocimiento del mundo, aunque sea de oídas, es imposible que deje de corromperse con semejantes maestros, de adherir á sus máximas, de seguir sus ejemplos y de rendirse á sus artificiosos ardides.

Si fueran pocas las mugeres que pueden con justicia atribuir á los hombres los estravios de sus conciencias, y quizá de sus personas, yo me guardaria de confundir las escepciones con las reglas; pero por desgracia no hay reino, provincia, ciudad, aldea, calle y aun casa donde no haya algunas ó muchas de estas adoloridas desgraciadas que testifiquen mi verdad.

Dícese que las mugeres son vanas, necias y soberbias. ¿No lo han de ser si sus padres desde chiquitas les fomentan el orgullo y vanidad, y les embotan su talento dedicándolas á fruslerías? Dícese que son altivas, presumidas y altaneras; pero ¿qué han de ser, cuando desde que comienzan á descollar en los

estrados, ven que los hombres les doblan la rodilla, rinden homenaje á su belleza, á cada paso les hacen su apóteosis llamándolas divinas, y no dejan de la mano el maldito incensario de la lisonja? Dícese que son falsas, inconstantes y mentirosas; pero ¿cómo no lo serán, cuando no tratan sino con hombres falsos, variables y embusteros? Dícese que son ingratas; y ¿cómo no lo serán con el que abusa de sus ternezas y olvida sus mas costosos sacrificios? Dícese que son interesables; pero ¿cómo no lo serán, cuando el interés es la primera red que se les tiende, y el primer cebo con que se provoca su apetito? Dícese que son locas; ¿pero cómo no lo serán, cuando jamas han tratado con cuerdos? Dícese... pero se dice tanto y tan sin orden, que yo me espanto, no de que las mugeres sean lo que son, sino de que no sean peores.

Ya ve usted, señor Licenciado, que yo confieso que en el comun de las mugeres se hallan, y en un grado sobresaliente, los defectos de que las acusan los hombres, y al mismo tiempo estoy muy lejos de pretender justificarlas; pero no puedo llevar á bien que se crea ó que se diga que las mugeres son peores que los hombres y estremadamente viciosas, solo porque son mugeres, desentendiéndose los que así las insultan de los principios que dejo establecidos.

Todos saben que los hombres son superiores á las

mugeres, y que estas nacen con una dependencia necesaria respecto de nosotros. Esta es una verdad; pero en esta misma verdad se halla envuelta otra de que resulta á ellas una disculpa, y á nosotros un cargo: y es, que si las mugeres son malas, no puede ser por otra causa sino porque los hombres, que son sus superiores, ó les enseñan la maldad, ó se la consienten; y siendo así, ¿no es una injusticia y una ridiculez el declamar tanto contra ellas, despues que los hombres, por la mayor parte, como he dicho, ó son sus seductores ó sus maestros? ¿No es esto lo propio que introducir leña en un horno, y luego incomodarse porque arde? En una palabra, señores, los hombres por la mayor parte somos muy linceos para notar los defectos de las mugeres; pero muy topos para conocer, confesar y corregir los nuestros. Convegamos de buena fé en que todos, así hombres como mugeres, tenemos vicios y virtudes, y que así unos como otros hacemos mal uso de las pasiones cuando nos desentendemos de la razon. Lo que importa es que cada uno se dedique á reformar el mundo, comenzando por sí y por los suyos, y entonces, habiendo muchos padres y maridos arreglados, veremos como resultan infinitas hijas y esposas ejemplares.

Los caballeros que asistian á la mesa, fuérase por que se penetraron de las razones que habian oido,

por adular á las señoras, que seria lo mas cierto, luego que el coronel hizo punto en su discurso, comenzaron á repicar con los cubiertos en los vasos y platos, y á gritar muy alegres: *¡Vivan, vivan las mugeres y su juicioso defensor!*

En seguida brindaron por última vez á salud del bello seco, y luego que calmó un poco la bulla, dijo el Licenciado Narices: Señor coronel, justamente merece usted estos aplausos, pues ha tomado con demasiado calor la defensa de las damas, y la ha desempeñado con aire. *¡Vamos!* si todas las interesadas hubieran escuchado á usted le tributarían mil elogios, y aun deberían erigir un monumento de gratitud á su memoria.

No lisonjearian mi vanidad, respondió el coronel, pues yo no he defendido á las mugeres, sino la razon, de cuya parte me pongo cuando se ofrece.

A mas de que no sé si me habré equivocado en algo de lo que he dicho. Si así fuere, yo me suscribiré gustoso á otra opinion mejor; pero mientras no se me haga ver, estaré por la que llevo espues!a. *¡Qué le parece á usted, señor cura?*

Asistia á la mesa un respetable eclesiástico como de sesenta años, hombre de muchas luces, muy timorato, y de un genio cortés, afable y jovial.

A este fué á quien el coronel dirigió la palabra, y el dicho eclesiástico le contestó en estos términos.

Ciertamente, señor coronel, que las opiniones de usted me parecen tan antiguas como seguras. Son de aquellas que por sabidas se callan; pero se callan tanto, que infinitos las ignoran, ó afectan ignorarlas, especialmente por lo que toca á hablar mal de las mugeres, sin son ni ton, y mil veces despues que los hombres han sido las causas originales de sus vicios.

Ordinariamente á cualquier hombre le gusta una muger bien ataviada, ó como dicen, *bien puesta*, cuando la pretende; pero así que la posee como suya, no la quisiera tan modista por lo que le importa. Entonces es el hablar contra el lujo y vanidad de las mugeres.

¿Mas para qué hemos de corroborar con ejemplares una verdad tan comun y visible? Cuando los hombres se desvelan por agradar á una muger, sus defectos les parecen gracias; pero así que las consiguen, se cansan de ellas, y aun califican de vicios sus virtudes. Entonces, quiero decir, cuando no dirigió la pretension un fin honesto, sino un capricho ó un apetito puramente animal, entonces se disminuye á los ojos de tales hombres la hermosura de la muger y se le notan defectos en que antes no se habia reparado. Pero ¿qué mucho, si en tal caso, como dije, las mismas virtudes parecen vicios? Cuando llega esta época fatal, su recogimiento se apelli-

da hipocondria: su economía, mezquindad: su prudencia, zoneria: su cariño, falsedad: su fidelidad, falta de mérito: su alegría, locura: sus atenciones liviandades: su devocion, hipocresía: sus generosidades, desperdicios: y en una palabreja, en tan deplorable situacion, cuanto hacen por agradar, enfada. ¡Pobres mugeres! nada les es mas comun que verse sujetas á tolerar los caprichos é imprudencias de un hombre sin talento y sin amor.

Cuando oigo declamar á la mayor parte de los hombres contra la facilidad de amar de las mugeres, y los veo tan constantes en seducirlas, me acuerdo de unos versos, que sobre esto escribió con tanto acierto nuestra paisana Sor Juana Inés de la Cruz, monja del convento de San Gerónimo de esta capital, en los que hace ver, que los hombres, casi siempre, tienen la culpa de la liviandad de que acusan á las mugeres, segun ha dicho el señor coronel; porque efectivamente, los hombres quisieran á las mugeres de mantequilla para sí, y de pedernal para los demas; y aun algo peor: luego que han logrado seducirlas con los artificios mas vivos, y con los mas astutos fingimientos, se fastidian de ellas (como se fastidia qualquir miserable mortal de todo aquello que consigue temporal y perecedero), y entonces llaman liviandades y coqueterias, lo que antes sacrificios y favores.

Tal es la suerte de las pobres mugeres entre los hombres necios y malvados. Toda muger, y especialmente toda hija de familia, aun antes de llegar á la pubertad, debería estar impuesta de estas verdades, para no fiarse de los hombres, y precaverse en cualquier estado de sus torcidas calificaciones y desprecios.

Toda niña debería crecer en la firme creencia de estos cuatro principios.

1º Que en esta triste vida todo cansa, todo fastidia, si no es la posesion de Dios por la gracia.

2º Que los hombres cuando mas finos y rendidos dicen que adoran, que aman é idolatran á las mugeres, entonces es cuando ellos se aman mas á sí mismos, y á lo que aspiran es á sus intereses particulares, de manera que no aprecian sino á las mugeres, en quienes ven ó se presumen que hay alguna cosa que lisongea su gusto.

3º Que segun estos principios, es muy fácil que la muger desagrade al hombre luego que este la considera como suya, lo que se verifica mas pronto y casi siempre cuando la solicitud se ha entablado con medios inhonestos ó con miras ilicitas. El antiguo poeta español Quevedo, dice: *Si quieres aborrecer á tu amiga, cástate con ella*; y dice bien, porque en clase de dama tiene la muger la libertad de ser ó no ser de aquel hombre, y este muchas veces se mode-

ra en maltratarla, temiendo perderla en virtud de aquella misma libertad; pero casándose, no tiene temor que lo refrene, y entonces la muger sufre todo el yugo del despotismo.

4º y último. Es prudencia, conforme á lo dicho, que las mugeres desconfíen de sus mas constantes adoradores: que antes de decidirse, eexaminen bien el corazon de aquel á quien tienen inclinacion, y cuando se miren *suyas*, traten de complacerlo cuanto puedan, para que la posesion no vuelva en desagrado las anteriores finezas, y se conviertan los esclavos en tiranos.

Calló el cura, y el licenciado guiñándole el ojo, le dijo: No va mal, señor cura: uno deja la apología de las mugeres y otro la toma. No hay que hacer: con cinco pares de abogados como ustedes que ellas tuvieran, ¡infelices de los hombres! ya no podriamos averiguárnoslas con sus mercedes. Si sin eso son tan endiantradas, ¿qué fuera si á cada paso encontraran quien les alzara por dos cartitas? ¡Oh! entonces quisieran ensillarnos.

Cállese usted señor Narices, ó señor tronera, dijo Eufrosina: mi hermano y el señor cura han dicho el evangelio: son ustedes muy falsos, muy maliciosos, muy malagradecidos, muy habladores y muy todo. Primero enredan á una pobre muger, y luego la dejan en la *pelaza*, y hablan de ella.

¡Quien los ve cuando están enamorando á una pobre muchacha! ¡qué finos son! ¡qué atentos, qué rendidos! ¡qué de promesas hacen! ¡qué lágrimas derraman! ¡con qué juramentos no aseguran que serán firmes hasta la muerte! Todo cuanto hacen y dicen parece la mera verdad. Son mas dulces y derretidos que caramelos en boca de muchacho. ¡Vaya! ¡si mienten con tanta viveza, que aun ellos mismos lo creen! Pero, ¡infelices de las tontas que tienen la desgracia de rendirse! porque apenas lo hacen, cuando saben ustedes dar la vuelta y dejarlas, y á algunas ¡quién sabe cómo! y esto es á buen compo-ner, si no es que despues de abandonarlas, hablan de ellas las tres mil leyes, cuentan cuanto ha pasado á sus amigos, dicen que fulana es una loca, una fea, una zonza y una coquetilla comun, riéndose todos alegremente á costa de la desgraciada muger, y mordiendo su honor públicamente en los paseos, tertulias y villares. ¡Bien haya la que no se fia de ustedes, como dice el señor cura! pues entre los hombres, apenas habrá bueno uno entre ciento, y creo que me estiendolo mucho.

Con iguales espresiones acaba sus versos la monjita que cité, dijo el cura, y Eufrosina le suplicó los repitiera, á lo que contestó: Con mucho gusto lo haré, señorita: pero pues ya hemos concluido, y están

alzando los manteles, daremos gracias á Dios de que nos ha dado de comer sin merecerlo.

Señor cura, dijo Don Dionisio, usted está en su casa, y hará lo que quisiere; pero ya dias ha que prescribió esa costumbre. Tal vegetoria solo se queda para la gente ordinaria, ó cuando mucho para los frailes y muchachos colegiales que comen en refectorio; pero en las casas decentes no se estila semejante ceremonia.

Pues yo conozco algunas casas decentes, dijo el cura, donde todavia está en moda dar gracias á Dios cuando se acaba de comer: y ciertamente me hace fuerza por qué no resucitará esta costumbre cristiana, cuando todos los dias resucitan otras, acaso gentiles, que ya estaban hechas polvo en el olvido; y me hace mas fuerza cuando considero lo liberales y francos que somos para dar gracias. Por el mínimo favor damos *muchas gracias*; pero, ¡qué mas, si hasta por las mentiras declaradas, que llaman cumplimientos, las damos á montones?

Nos ofrece alguno su casa ó su empleo, aunque sea de boca, le damos *muchas gracias*: dicen que nos desean un bienestar ó el alivio de nuestras enfermedades, y pagamos el que nos lo digan con *muchas gracias*: nos dan espresiones para algun deudo, y volvemos nosotros *muchas gracias*: nos convidan á alguna parte á donde no queremos ó no podemos asistir,

y nos escusamos con *muchas gracias*: nos ofertan alguna cosa que perjudica nuestra bolsa; y lo rehusamos dando *muchas gracias* al oferente. En fin, ya dije, somos liberalísimos para dar gracias por cuanto hay, y no como quiera, sino *muchas, á miles, infinitas*.

Solo para con el Autor de la naturaleza somos en esta materia demasiado económicos, ¡qué digo! somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo que cria los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos, y nos conserva la salud y apetito para gustarlos. ¡Si tendrá Dios alguna obligacion de darnos algo? ¿ó si nosotros tendríamos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? porque solo así pareceremos menos culpables ante sus ojos, aunque no le manifestemos nuestra gratitud ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada esto de dar gracias á Dios despues de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas, especialmente cuando se hallan en mesas de funcion, que llaman de cumplimiento; porque los demas no lo hacen, y les da vergüenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mí, digo, que mas quiero pasar entre los muchos por incivil, rústico ó payo, que no

entre los sensatos, por Hugonote ó irreligioso cuando menos, y así procuro dar buen ejemplo por mi parte. De algo me ha de servir tener sesenta años de edad, y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

Diciendo esto el cura y sin esperar respuesta, porque no la tenia lo que acababa de decir, comenzó á rezar la oracion del Señor, dió gracias, y todos lo acompañaron dócilmente, diciendo yo entre mí: si en todas las mesas donde asisten sacerdotes hubiera alguno tan celoso como este cura, que se encarga de dar gracias á Dios, y á los seculares buen ejemplo, pronto veriamos restablecida esta loable costumbre de nuestros padres.

Luego que pasó esta accion religiosa repitió Eufrosina al cura el encargo que le hizo de que dijera los versos, y el buen eclesiástico cumplió su palabra como sé verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO IX.

Refiere el cura los versos, y se trata sobre la profanidad de las mugeres y el modo con que puede ser licito en ellas el adorno.

CIENTAMENTE, Señores, dijo el cura, que habrá fastidiado á ustedes el sermon; pero como estoy hecho á predicar, se me olvidó que estaba en una mesa; bien que no me arrepiento de lo dicho, porque como